

LAS MURALLAS.

El paseo alrededor de las antiguas murallas de Stambul lo verifiqué solo, y aconsejo á cuantos italianos visiten Constantinopla, que hagan lo propio. Porque el espectáculo de las grandes ruinas solitarias no deja impresion duradera y profunda, sino en el que por completo abstraído y recogido en su conciencia, se dispone á recibir aquella sensacion, pudiendo seguir libremente y silencioso el curso de sus pensamientos.

Era menester dar un paseo de cerca de quince millas italianas, á pié, bajo los rayos del sol, por caminos y calles desiertos.

—Acaso—dije á mi amigo—á mitad de camino me sorprenderá la tristeza y te invocaré como á un santo; mas á pesar de todo, quiero ir solo.

Aligeré el portamonedas, previniéndome de esta suerte contra la curiosidad de algun ladron suburbano.

Llené en cambio el estómago, con objeto de

que no me distrajese con sus impertinentes reclamaciones, y á las ocho de la mañana emprendí la caminata, con un cielo espléndido y un aire perfumado por el rocío matinal.

Dirigíme al puente de la Sultana Validé.

Mi designio era salir de Stambul por la puerta del barrio de las Blaquernas, recorrer la línea de las murallas, desde el Cuerno de Oro hasta el Castillo de las Siete Torres y tomar á lo largo de la orilla del Mármara, dando así vuelta completa al gran triángulo de la ciudad musulmana.

Dejando atrás el puente, volví á la derecha y me interné en el vasto barrio denominado Istanbul-dischiaré, ó sea Stambul-externa, que la constituye la larga tira de ciudad comprendida entre las murallas y el puerto, rebosando por todas partes casuchas de madera y depósitos y almacenes cien veces destruidos por los incendios.

En la madeja de callejones que forman la red de esta población, extiéndese hasta la orilla del Cuerno de Oro inmensa série de escalinatas, gradas, saltos, pequeños senos de arroyos ó de desagües, reducidas radas, donde atracan barcos, y bahías insignificantes; y gira un pueblo entero de operarios de todas castas y condiciones, y camellos, y caballos, y perros, y razas, cuyo conjunto trae á la memoria la idea de aquellos puertos de la India y de la China, donde se encuentran los productos de ambos hemisferios.

Las murallas que se conservan en este lado de la ciudad, levantan cinco veces la altura de un hombre y ostentan en su frente corona de almenas, y los contrafuertes de trecho en trecho, que son torreones cuadrangulares, no siempre sanos y en estado útil. Pero estas fortificaciones son el trozo ménos digno de mención, por su carencia de tradiciones históricas y por su insignificancia artística de los muros exteriores de Stambul.

Atravesé el distrito de Fanar, pasando por la ribera que rebosaba vendedores de frutas, pasteleros, hortelanos, licoreros, y por entre cocinas al aire libre, y tropezando acá y allá con hermosos grupos de marineros griegos, en tales actitudes, que recordaban las estátuas de sus antiguos Números. Giré por el vastísimo *gueto* de Balata, recorrí el silencioso cuartel de la Blaquerna, y salí finalmente de la ciudad por la puerta denominada Egri-Kapú, no lejos de la orilla del Cuerno de Oro.

Todo esto se dice pronto, pero es una caminata de hora y media, ora subiendo, ora bajando, en torno de lagunas, salvando montículos, saltando escalones, por interminables callejuelas, volviendo atrás (porque se interna uno á veces en callejones sin salida), bajo altos arcos, por oscuros túneles, cruzando solitarios senderos, y sin otro faro que los alminares de la mezquita de Selim.

A cierto punto, se llega donde no se ven ya

CAPILLA ALEONSIÑA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. N. L.

ni casas ni vestidos de francos; luego desaparecen las casas á la europea; despues concluye el empedrado; más tarde las muestras de las tiendas y el rumor del trabajo. Y mientras más se avanza, los perros miran gruñendo con ojos torvos, los pilluelos turcos se atreven á echar ojeadas amenazadoras ó atrevidas cuando ménos, las mujeres del vulgo esconden con cuidado prolijo el rostro, hasta arribar á plena barbárie asiática, y el paseo de dos horas equivale ya en el ánimo á un viaje de dos dias.

* * *

Saliendo de Egri-Kapú tomé á la izquierda, y de repente hallé larguísima extension de fortificaciones de las famosas de defensa de Stambul por la parte de tierra.

Han pasado tres años desde aquellos dias, y sin embargo, no puedo acordarme de la impresion que me causaron aquellos famosos muros, sin experimentar vivísimo sentimiento de admiracion. Ignoro si en otro lugar del Oriente se encuentran reunidas de esta manera la grandeza de las obras humanas con la majestad de la prepotencia, la

gloria de los siglos, la solemnidad de las tradiciones memorables, la tristeza de las ruinas y la sublimidad de la Naturaleza.

Es una perspectiva que inspira juntamente admiracion, veneracion y terror: un espectáculo digno de un canto de Homero.

Al primer aspecto, se siente uno deseoso de descubrirse respetuosamente, como ante hilera interminable de gigantescos héroes mutilados, exclamando: ¡gloria!

La enorme cintura de murallas y torres se extiende hasta donde la vista alcanza, subiendo y bajando, segun las sinuosidades del terreno; ahora tan baja, que parece que profundiza en las entrañas de la tierra; ahora tan alta, que parece coronar las cumbres de las montañas; filas de infinitas y variadas formas, tonos oscuros y severos de mil colores, desde el calcáreo casi negro, hasta el amarillo casi dorado, revistiéndose los bastiones, ora del verde concentrado de vejetacion antigua, ora del verde claro de vejetacion reciente, y arañando á lo largo de los muros una exuberancia de vida natural que desde los cimientos serpea hácia las almenas, y de allí cae luego en guirnaldas por cada uno de los huecos, tapizando en caprichoso juego los planos y ribeteando las aristas en artística manera: amontónanse en una parte pirámides altísimas de entrelazados arbutos, y fuera de las torres, cascadas ondulantes á

manera de cortinaje, se agitan fuera de las murallas, dejando entre ellas y la fábrica sombríos pasos por estrechos corredores.

Tres órdenes de muros forman gigantesca gradería de ruinas: el muro interior, el más alto, flanqueado y reforzado de cien en cien pasos por robustas torres cuadrangulares, y alternando, una de estas torres forma un cubo coronado de almenas. El exterior sin castilletes ni avanzadas, bajísimo, se halla defendido por ancho y profundo foso, lleno en otro tiempo por las aguas del Cuerno de Oro y del mar de Mármara, y hoy cubierto de musgos, líquenes y plantas trepadoras. Todos estos muros se conservan casi tal y como eran el día después de la toma de Constantinopla, puesto que poquísimas fueron las restauraciones hechas por Mahomet y Bayaceto II.

Aún se notan las brechas abiertas por los cañones de Orban, las huellas de los golpes de arietes y catapultas, los estragos de las minas, los indicios de los asaltos más furiosos y las resistencias más desesperadas.

Las torres redondas del muro de en medio, se hallan casi derruidas por completo, hasta en sus más hondos cimientos; las de los muros interiores casi todas en pie, pero desguarnicionadas y mutiladas en sus salientes, resultando en su parte alta como puntas de troncos tronchados á golpes de hacha, y en el pie, como socavados escollos, roi-

dos por el mar. Desmesurados sillares han rodado de la cortina mural, llenando de escombros la plataforma de la muralla del centro, la corona de la externa y el foso. Pequeños senderos serpentean entre los residuos de la destrucción y los yerbajos, perdiéndose en la maleza.

A cada paso, el bastion comprendido entre dos torres, ofrece el ruinoso cuadro de la majestad pasada y la pasada grandeza.

Todo es colosal, selvático, rudo, toscó, amenazador y con el sello característico de una belleza juntamente triste y pomposa que impone reverencia al espectador.

Parece que se visitan las ruinas de ilimitada cadena de castillos feudales, ó los restos de una de aquellas murallas prodigiosas que circundaban los grandes imperios legendarios del Asia Oriental. La Constantinopla del siglo décimo nono, desaparece ante la ciudad de los Constantinos; se respira el aire del siglo XV, y el pensamiento se traslada al día de la memorable caída, y la idea permanece por un momento abstraída en aquel hecho histórico y sumido el ánimo en profunda meditacion.

*
*
*

La puerta por la cual había salido, llamada por los turcos Egri-Kapú, es aquella célebre puerta Caligaria por la cual verificó su triunfal entrada Justiniano, y penetró más tarde Alejo Comneno para apoderarse del trono.

Delante se encuentra un cementerio musulmán.

En los primeros días del asedio colocóse allí el inmenso cañón de Orban, alrededor del que trabajaban cuatrocientos artilleros, y que era transportado por cien bueyes. Defendían la puerta Teodoro de Caristo y Juan Greant, contra el ala izquierda del ejército turco que se extendía hasta el Cuerno de Oro. Desde aquel sitio hasta el mar de Mármara, no hay un barrio ni un caserío siquiera. El camino corre recto entre el muro y el campo. Nada distrae la contemplación de las ruinas.

Ensimismado en mis pensamientos, empecé á andar.

Cuando llevaba un buen trecho entre dos cementerios—cristiano el uno y mahometano el otro—me encontré en una espesa selva de cipreses. El sol venía hiriéndome con bastante fuerza, y el camino se perdía ante mi vista en blanca y solitaria faja, y allá, en lontananza, se veía cortado por una línea recta que destacaba perfectamente sobre el azul celeste limpidísimo del firmamento. Por una parte, las torres sucedíanse á las torres; por otra, las tumbas sucedíanse á las tum-

bas. No percibía sino el rumor cadencioso de mis pasos, interrumpido de vez en cuando por el salto de tal ó cual insecto entre los matorros del camino. Seguí discurriendo largo trecho hasta hallarme impensadamente delante de bella puerta cuadrada, coronada por grande arco y flanqueada por dos gruesas torres octógonas. Era la puerta de Adrianópolis, la Poliandría de los griegos; aquella que sostuvo el año 625, bajo Heraclio, la formidable arremetida de los Avaros, defendida contra Mahomet II por los hermanos Pablo y Antonino Troilo Boquiardi, y que se convirtió después en la puerta de las salidas y entradas triunfales de los ejércitos musulmanes.

Ni delante de ella ni á su alrededor había alma viviente.

De pronto, salieron de la puerta á todo correr dos ginetes turcos que me envolvieron en densa nube de polvo, y desaparecieron por la gran vía de Adrianópolis.

Después volvió á reinar un silencio profundo.

*
*
*

Dando espalda á las murallas, avancé por la vía de Adrianópolis, descendí al valle del Lykus, subí á una altura y me encontré en el vastísimo llano ondulado de lomas y suaves cerros áridos de Dahud-Bajá, donde tuvo su cuartel general Mahomet II durante el sitio de Constantinopla. Allí permanecí algun tiempo inmóvil mirando á mi alrededor, con la mano delante de los ojos en forma de visera ó pantalla, para buscar los rastros del campamento imperial y representarme el grande y extraño espectáculo que debía ofrecer aquel paraje hácia fines de la primavera de 1453.

Precisamente allí afluí como á su corazon, la vida de todo el numeroso ejército que oprimía en toda su vasta extension, la gran ciudad moribunda. De aquí partían las órdenes fulminantes que movían los brazos de cien mil operarios y que arrastraban doscientas galeras por tierra, desde la bahía de Bescí-tass hasta la bahía de Kassim-Bajá, lanzando en las entrañas de la tierra legiones de mineros armenios, que ostentaban desde cien puntos las banderas de heraldos, para anunciar la hora del asalto y hacer en el tiempo que se tarda en contar las cuentas de un tespí, tenderse trescientos mil arcos y desenvainarse trescientas mil cimitarras. Allí los mensajeros pálidos de Constantino tropezaban con los genoveses de Galata, venidos á vender aceite para refrescar los cañones de Orban, y con los centinelas musul-

manes, que espiaban desde la ribera del mar de Mármara la aparicion en el horizonte de las flotas europeas, que habían de traer los últimos socorros de la cristiandad, al último baluarte de los Constantinos.

En aquellos lugares hormigueaban regimientos de cristianos renegados, de aventureros asiáticos, de viejos scenitas (1), de dervises macilentos, miserables y estenuados por largas marchas, yendo y viniendo afanosamente á las tiendas de catorce mil genízaros, entre series interminables de caballos enjaezados, entre larguísimas filas de altos camellos inmóviles, y entre hileras de catapultas y balistas, cureñas de cañones y pirámides de balas de granito; entrecruzábanse con las procesiones de soldados polvorientos que llevaban de dos en dos desde los muros al campo raso, cadáveres deformes ó heridos que gritaban lastimeramente, cruzando sus ayes á través de perpétuas nubes de humo.

En el centro del campamento de los genízaros alzábanse las tiendas variopintas de la córte, y por encima de todas sobresalía el pabellon rojo de Mahomet II.

Todas las mañanas al despuntar el dia se presentaba Mahomet á la puerta de su tienda de campaña, pálido y con el rostro desencajado por

(1) Pueblos bárbaros errantes de la Mesopotamia y de las orillas del Eufrates.

la vijilia de la noche, con su gran turbante adornado de gran penacho amarillo y su largo caftan color de sangre, fijando sus miradas de águila sobre la inmensa ciudad que se extendía ante sus ojos, tirándose de la descuidada y negra barba con una mano, mientras con la otra acariciaba el mango de plata de su corvo puñal. A su lado estaban: Orban, el inventor del cañon prodigioso, que pocos dias despues al estallar, había de lanzar los huesos del autor en la esplanada del Hipodromo; el almirante Balta-Oglí, turbado ya por el presentimiento de la derrota que hizo caer sobre su cabeza el dorado baston del Gran Señor; el temerario comandante del Epepolin, gran castillo móvil coronado de torres y erizado de hierro, que cayó despues incendiado delante de la puerta de San Roman; un consejo de juristas y una corona de poetas, bronceados por el sol de cien batallas; un séquito de Bajás con los cuerpos cubiertos de eicatrices y los caftanes hechos girones por las refriegas; un cortejo de genízaros gigantescos con las aceradas hojas desnudas en la mano, y un acompañamiento de sciaú armados de escamas de acero, dispuestos á hacer caer las cabezas ó lacerar las carnes de los cobardes ó rebeldes: la flor y nata, en suma, de aquella indeterminada muchedumbre asiática, llena de juventud, de ferocidad y de fuerza, pronta á arrojarse cual torrente de hierro y fuego, en las decrépitas avanzadas del

Imperio bizantino. Esa era la córte de Mahomet, y todos inmóviles como estátuas, iluminados por la luz rosácea de los primeros rayos de la aurora, miraban en el horizonte las mil cúpulas argentadas de la ciudad prometida por el Profeta, bajo las cuales, en aquel mismo momento, resonaban las oraciones y los sollozos del cobarde pueblo.

Yo veía los semblantes, las actitudes, los puñales, los pliegues de las capas y de los jáiques, las grandes sombras que proyectan aquellas figuras en el suelo removido por las ruedas de los cañones y de las torres...

Pero de repente, al dejar caer la vista sobre una gruesa piedra medio clavada en el suelo, y al leer su borrosa inscripcion, aquel gran cuadro se desvaneció cual vision fantasmagórica, para distinguir otro que se desparramaba por la llanura.

Una muchedumbre de cazadores de Vincennes, de zuavos y de infantes con pantalon grande; sentí cantar las cancioncillas de la Provenza y de la Normandía; divisé al mariscal Saint-Arnaud, á Canrobert, á Forey, á Espinasse, á Pellissier; reconocí mil caras y mil colores, vivos en mi memoria y queridos en mi corazon desde la infancia... y leí repetidas veces con inexplicable sentimiento de sorpresa y de placer aquella pobre inscripcion que decía:

"Eugenio Saccard, Cabo del regimiento ligero número 22.—16 de Junio de 1854."

¡Desde Mahomet II hasta un cabo francés de un regimiento de infantería!...

*
*
*

Desde allí volví á pasar por la cuenca del Lykus, entrando en la vía que flanquea la muralla, solitaria siempre y siempre culebreando entre ruinas y cementerios. Pasé ante la puerta militar de Pemptí, ahora tapiada; atravesé nuevamente el Lykus, que entra en la ciudad por aquel punto, y llegué por último ante la puerta llamada del Cañon, por el gran cañon de Orban que allí se colocó; la puerta contra la cual dirigió su último asalto el ejército de Mahomet.

Alzando la vista, reparé en la cumbre del muro, y tras las almenas, en varias cabezas negras y desgreñadas que me miraban con aire de asombro. Supe despues que allí anidaba una tribu de gitanos, estableciendo sus tiendas entre los huecos que forman los lienzos de muralla y los torreones.

El rastro de las pasadas luchas se revela en este sitio con señales soberbias y gigantescas: muros reventados, triturados y agujereados; torres truncadas y socavadas; plataformas sepultadas en

montones de ruinas; troneras descuartizadas; el terreno revuelto, el foso repleto de colosales pedruscos, tales, que semejan masas inmensas de rocas de una montaña volada en pedazos, por infernal mina. La batalla tremenda parece que se ha librado el dia antes, á juzgar por lo que cuentan las ruinas con mayor elocuencia que podría hacerlo la voz de los espectadores, testigos de la horrible carnicería. Con ligeras variantes, en todas las puertas y á lo largo de todas las murallas, la mortandad fué análoga.

El combate principió al despuntar el alba.

El ejército otomano hallábase dividido en cuatro columnas, y precedido de cien mil voluntarios que constituían la vanguardia predestinada fatalmente á la muerte. Carne de cañon, turba indisciplinada y temeraria de tártaros, caucásea, árabes y negros, guiados por scenitas, excitados por dervises, empujados por escuadras de sciaú, que les obligaban á avanzar á latigazos... Con tales precedentes, ellos habían de ejecutar el primer asalto. Y lo verificaron, lanzándose fieros en indisoluble cadena, prorumpiendo en agudísimo y único grito que resonó del Mármara hasta el extremo del Cuerno de Oro. La primera línea en su primer impulso, enteramente sucumbe cayendo en el amplio foso, destrozada por una lluvia de hierro, de piedras, de tierra, de acero, desbaratada y descuartizada, hecha añicos, y en monton informe

desaparecen en el fondo de la zanja viejos y niños, esclavos, ladrones, pastores, bandoleros. Otra turba los reemplaza en el acto, y sufre igual suerte. Los que retroceden, hallan la muerte segura á sus espaldas, y prefieren la probable salvacion al pié de las murallas; y nuevo empuje estéril les conduce á cubrir en el foso el cuerpo de las primeras avanzadas. En pocos instantes, no ya el profundo seno se halla rebosando cadáveres, sino que las orillas, flancos de barbacas y reductos, se encuentran atestados de montones de cadáveres, de heridos, de miembros palpitantes, de turbantes ensangrentados, de arcos y armas... pero nuevos torrentes pisan sobre las víctimas, cual si fuesen á servirse de ellas para escabel que les aproxime al muro... Las filas no se interrumpen, ordenadas para fatigar á los sitiados que consumen sus medios de defensa contra los que primero atacaron, y comienzan á rendirse de cansancio. Cuando toda la canalla de la vanguardia se ha agotado sirviendo de carne de cañon, segun se dijo, suenan las trompas guerreras de Mahomet, y los que de la vanguardia salvaron, se retiran del pié de los bastiones, abriendo paso al grueso del ejército regular otomano.

Entonces Mahomet II lanza al asalto las columnas cerradas que por orden adelantan. Tres grandes ejércitos, tres rios humanos conducidos por cien Bajás, presididos por mil estandartes, se

alargan, cubren las alturas, ocupan los valles, bajan promoviendo un ruido tormentoso de gritos, imprecaciones y toques de bélicos clarines y trompas salvajes, de atabales estridentes, y chocar de espadas y armaduras.

¡La Ilah ila lah! retumba como el trueno en los aires, brillan los aceros como el rayo en el espacio, y cual el Océano van á estrellarse contra los muros... y comienza la gran batalla.

Mejor dicho, las infinitas batallas, en las puertas, en las brechas, en los fosos, en las plataformas, que ya ganan, en los cimientos de los lienzos de fortificacion, del uno al otro extremo del baluarte secular de Constantinopla. Diez mil troneras vomitan la muerte sobre doscientas mil vidas, y desde los parapetos de los muros, desde los torreones y reductos, ruedan piedras enormes, pedazos de las mismas fábricas, sillarejos de las murallas, vigas, brasas, fuego, tierra. Las escalas cargadas de sitiadores, se derrumban por el inmenso peso que pretenden en su impaciencia los que asaltan que deben resistir, y racimos de hombres pendientes de los muros hallan tumba sobre los montones de las primeras víctimas que creyeron les servirían de fácil escalon; pero nadie desespera y la experiencia los hace cautos, y las escalas vuelven al muro; avanzan las torres de puentes levadizos; ya caen y se aproximan á las murallas, ya se fijan en los parapetos los extremos

echados al viento en busca del otro estribo seguro, para el puente. Las catapultas defienden la arriesgada operacion. Mas se incendian por acá y allá las máquinas infernales, y los tibios, si no desconfian, tiemblan al ver volar los auxiliares más poderosos del combate. Filas tras filas van desapareciendo bajo la granizada constante de los sitiados, aumentando por capas los montones de muertos, superponiéndose intercalados por los escombros, el hierro y el fuego de los griegos, cuyo espeso humo desconcierta las legiones, desconcertadas por los horrorosos silbidos de la metralla, por las voladuras de las minas, por los gritos desoladores de los compañeros y hermanos, por el retumbar perpétuo de las diez y ocho baterías de Mahomet, que atacan desde lejanas prominencias la ciudad, no sin hacer estragos horrorosos entre sus mismos aliados.

Por momentos se recrudecía la batalla, aunque de trecho en trecho parecía que tomaban aliento los combatientes, para con mayor denuedo volver á la pelea. Y en estas pausas fingidas ó reales, creíase ver ondear por la ancha brecha abierta cerca de la puerta de San Roman, el púrpuro manto de Constantino, brillar las armaduras de Justiniano ó de Francisco de Toledo, y agitarse afanosas las terribles figuras de trescientos archeros genoveses.

Despues se rehacen las huestes, se agrupan, y

estréchense las distancias, volviendo á la brega de ambas partes. El humo oculta los portillos abiertos en las murallas, vuelven á apoyarse las escalas en los faldones de las fortalezas y principian otra vez á derrumbarse ruinas sobre ruinas, cayendo cadáveres sobre cadáveres en la Puerta de Adrianópolis, en Puerta Dorada, en Puerta Selymbria, en Puerta Tetarté, en Puerta Pemptí, en Puerta Russion y en las Blaquernas y el Hep-tapyrgion... Y turbas tras turbas surgiendo de la tierra, coronan ya algunas almenas á que consiguieron subir, pero caen, se levantan, arañan por entre las hendiduras de las fortificaciones, trepan impertérritos, bajo nubes de flechas y golpes tremendos dignos de una epopeya.

Finalmente, los sitiadores nada consiguen, y en un momento de supremo esfuerzo de los sitiados, desbaratan los intentos de sus enemigos y el desaliento invade los ánimos musulmanes, que retroceden y huyen á resguardarse en el campamento de los mortíferos medios que á la desesperada vomitan las murallas; el ejército de Mahomet II parece ya picado de la indisciplina y cansado del combate, derramándose las legiones en desórden. Un grito de alegría resuena en el interior de la ciudad, y un coro solemne de accion de gracias al Todopoderoso se entona bajo las bóvedas de todas las iglesias. Mahomet, desde la altura que domina la Puerta de San Roman, duda en

el núcleo de su Estado Mayor, vasta circunferencia de magnates, y casi se halla á punto de renunciar á la empresa. Permanece sombrío y meditabundo por algunos instantes, reflexionando sobre si se ha de intentar otro último asalto.

Pero girando la vista sobre sus soldados, que á su vez lo miraban temblando de impaciencia y de coraje, irguiéndose con soberbia sobre sus estribos, arrojó al viento una exclamacion equivalente al grito de la batalla, pero que esta vez significaba la venganza de Dios desencadenándose. Catorce mil alaridos de los genizaros contestan la voz de Mahomet; las columnas se mueven, los dervises se esparcen por el campo para reanimar á los dispersos, los sciaú detienen á los fugitivos, los bajás rehacen las filas, el Sultán, blandiendo su maza de hierro, adelanta entre el cabrilleo de cimitarras y arcos, cascos y turbantes, vuelve á caer sobre la puerta de San Roman una lluvia de proyectiles y de flechas, Justiniano herido desaparece, los italianos descorazonados se desconciertan, el gigantesco genízaro Hassan de Olubad salta el primero á los baluartes, Constantino, combatiendo en medio de sus últimos valerosos campeones de la Morea, es arrojado de lo alto de las almenas, la lucha todavía bajo la puerta está indecisa entre un monte de cadáveres... el Imperio de Oriente ha caído.

.....

La tradicion dice que un gran árbol señalaba el lugar donde fué encontrado el cuerpo de Constantino, pero no he visto ni la más mínima huella.

Entre aquellos cascotes, á través de los cuales corrieron arroyos de sangre, la tierra aparece enteramente blanca, cubierta de margaritas, sobre las cuales revoloteaba una nube de mariposas.

Cogí una flor como recuerdo. Los gitanos me miraron atónitos, y emprendí de nuevo mi caminata.

*
* * *

Las murallas se extendían siempre delante de mí hasta donde la vista alcanzaba.

En los sitios altos escondían por completo la ciudad; de modo, que quien no lo hubiese sabido, nunca habría sospechado que detrás de aquellas ruinas solitarias y silenciosas, se ocultaba una vasta metrópoli coronada por grandes monumentos y habitada por un gran pueblo.

En los sitios bajos, por el contrario, asomaban tras las almenas, puntas argentadas de minaretes, medias naranjas de cúpulas, techumbres de

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.